

tumbas, que parecen pequeñas colinas. En fin, Acosta, que nos habla de otros túmulos funerarios de las mismas regiones, nos dice «que son elevados durante la duración del duelo,» y añade, «que el duelo, prolongándose mientras se da que beber, las dimensiones del túmulo caracterizan la fortuna del muerto. Ulloa hace una indicación análoga respecto á los monumentos de los Peruanos.

De suerte que de los más pequeños túmulos hijos del cambio de tierra por los cuerpos enterrados, hasta las más enormes y gigantescas construcciones como las pirámides de Egipto, toda clase de monumentos fúnebres tienen por origen el deseo de preservar los cadáveres de las mutilaciones que podrían impedirle la resurrección.

Otro grupo de costumbres, que tienen el mismo objeto, se hace ahora necesario estudiar. Vamos á hablar del empleo de los métodos destinados á evitar la descomposición del cadáver. Además de la creencia fundada en que la resurrección se impedirá si el otro yo á su regreso encuentra un cuerpo mutilado ó no lo encuentra siquiera, existe la creencia basada en que es preciso detener la putrefacción para asegurar la resurrección. Se infiere naturalmente que si la destrucción del cadáver verificada por los animales impide la vuelta á la vida, la descomposición la impide también. Si esta idea no germina entre la humanidad más atrasada, es porque no han descubierto todavía el método de detener la descomposición; pero entre las razas más adelantadas existen pruebas fehacientes que la idea va tomando cuerpo y que viene á ser un motivo de acción.

Respecto al motivo impulsor, tenemos el testimonio de Herrera que nos enseña que en ciertas partes de Méjico los indígenas creían que «los muertos resucitarían; así, cuando los huesos de los muertos estaban secos, los ponían en un cesto y los suspendían de una fuerte rama de un árbol, para que fuesen á buscarlos en el momento de la resurrección.» Por lo mismo los Peruanos, cuando explicaban á Garcilaso lo que habían observado en su país, decían: «A fin, pues, de no tener que buscar nuestros cabellos y uñas en un momento en el cual deberá haber mucha precipitación y confusión, los ponemos en cierto lugar al objeto de poderlos adquirir reunidos más cómodamente; y siempre que no es posible, procuramos escupir en la misma dirección.»

Con estas indicaciones como régimen, no podemos dudar que es preciso generalizar la idea de evitar en lo posible la descomposición. Diciendo que en África los Loangos ahuman sus cadáveres, y que en América algunos Chibchas «disecaban los muertos en las barbacoas á fuego lento,» debemos concluir aña-

diendo que con esto se proponen conservar las carnes en idéntico estado hasta el momento de la resurrección. Los mismos Chibchas, así como también otros de diversos puntos de Méjico y los Peruanos, embalsamaban los cuerpos de los reyes y caciques. Terminaremos, pues, manifestando que el embalsamamiento se ha adoptado únicamente como medio eficaz al indicado fin, sobre todo cuando vemos que se ha procurado tanto más la conservación de los cuerpos, cuanto más elevado ha sido el rango del cadáver. En la indicación hecha por Acosta, tenemos la prueba de que «el cuerpo del Inca Impanqui estaba tan completo y tan bien conservado, habiendo usado una especie de betún, que parecía vivo.»

Escusamos indicar los hechos que demuestran que de ideas análogas han surgido costumbres análogas entre los Egipcios.

A propósito de ritos funerarios, nos creemos en el deber de señalar otros que inducen indirectamente á creer en la resurrección; y solo debemos hacerlo por cuanto son el punto de partida de costumbres que será necesario explicar más adelante. Me refiero á las mutilaciones y á otros usos que son muy á menudo señales de luto.

Leemos en la Iliada «que en los funerales de Patroclo, los Myrmidones se cortaron sus cabelleras cubriendo con ellas el cuerpo del héroe;» además, que Aquiles colocó su propia cabellera en las manos del cadáver, y que ejecutó este acto consagrándose él mismo á la venganza de Patroclo, prometiéndose ir en seguida á reunirse con él. La cabellera representa en este caso un testimonio de amistad; una parte del cuerpo sirve de símbolo á la entrega total del mismo. Este acto, señal de afecto ó manera de sacrificio ó ambas acepciones á la vez, se repite, con suma frecuencia, en la mayor parte de las razas incivilizadas.

Para indicar más claramente la significación de este rito, empezaré por el testimonio de Bonwick, que nos enseña que las mujeres Tasmanianas «se cortaban los cabellos en señal de dolor, y los lanzaban sobre la tumba.» A esto añadamos que cuenta Winterbotton, que entre los Susus se veía una tumba, la de una mujer, sobre la cual estaba depositada la cabellera de su hija mayor.

Las viudas de los Negros de Costa de Oro se afeitan la cabeza, y las Damaras hacen á su vez lo propio á la muerte de algún amigo íntimo. Semejante costumbre tienen los Mpongues, Cafres y Hotentotes. En las islas Hawai y Samoa indistintamente, se cortan ó arrancan los cabellos. Los Tongans se afeitan la cabeza. Los naturales de Nueva Zelanda, en ciertos casos se los cortan hasta la mitad. Entre los Tanneses «es señal de luto llevar los cabellos corta-

dos.» A la muerte de la reina de Madagascar, «todo el pueblo, exceptuando unos veinte oficiales del más alto rango, hubieron de cortarse los cabellos.» En América lo mismo. La viuda de un Groelandés sacrificó sus trenzas. Los próximos parientes de un Chinuk que murió, cortáronse también sus cabelleras. Finalmente, obsérvase tal uso entre los Chippeues, Comanches, Dacotahs, Mandans y Tupis.

Que este rito es un símbolo de subordinación, y un medio de alcanzar favor del difunto para cuando vuelva a la vida, lo atestiguan diversos hechos. Así Shortt nos enseña que los Todas, cuando muere alguno de ellos, se cortan los cabellos, «pero solamente los más jóvenes, en demostración del respeto que les merecen sus mayores.» Burckhardt nos dice que en la Arabia, «cuando muere un padre, sus hijos, sean del sexo que fueren, se cortan sus... trenzas en señal de dolor.» Los pueblos de la América del Sud atestiguan por medio de este acto su subordinación política y doméstica. Sabemos por Dobrizhoffer que entre los Abipones, «a la muerte de un cacique, todos los que están sometidos a su autoridad córtanse sus largas cabelleras en demostración de dolor.» Los Peruanos lo mismo. Cieza nos dice que «los Indios de Llacta-Cunya se desesperaban de un modo extraordinario junto sus muertos, y que se cortaban los cabellos a las mujeres que no se mataban,» lo cual demuestra que las esposas que no sacrificaban su cuerpo para no abandonar su marido, cedían como testimonio de sentimiento su cabellera.

De la misma manera las costumbres que consisten en verter sangre propia y en mutilarse, tienen el mismo objeto. En los funerales los Tasmanianos «se desgarraban el cuerpo con conchas y piedras cortantes.» Los Australianos se dan varios cortes, y Cook dice lo mismo de los Tahitianos y Neo-Zelandeses. Mariner atribuye la misma costumbre a los Tongans. Por otro lado sabemos que en Groenlandia los hombres se cruzan la cara a cuchillazos, «y algunas veces el cuerpo,» y que los Chinuks «se desfiguran.» Schoolcraft dice que las viudas de los Comanches se acuchillaban los brazos, piernas y cuerpo hasta que estaban extenuadas a consecuencia de la pérdida de sangre, de lo que muchas venían a morir. Y Burton dice que los Dacotahs se acuchillan hasta que están satisfechos, cortándose luego uno o varios dedos.

Este último ejemplo nos prueba que no solamente es la sangre, sino cualquier parte del cuerpo lo que se sacrifica para dar profundo testimonio de respeto y obediencia. Así nos enseña Cook que en las islas Tongas, a la muerte del gran sacerdote, la gente se corta la primera falange del dedo meñique; y por Ellis sabemos que a la muerte de un rey o de un jefe de las islas Sandiwch,

sus súbditos se someten a ciertas mutilaciones; hácese pintar una parte de la lengua, cortar las orejas o arrancar denodadamente uno de los dientes anteriores.

Cónstanos asimismo que ofrecen sangre y partes del cuerpo en sacrificio religioso. Se nos dice que el pueblo de Dahomey riega con sangre humana la tumba de los antiguos reyes para que en épocas de guerra presten su auxilio sus espíritus. Vemos que los Mejicanos dan a beber su sangre a sus ídolos; que los sacerdotes se sangran cada día y que se sangra asimismo a los niños malos. Se nos cuenta que la misma costumbre existía en Yucatan, Guatemala y San Salvador, y que los pueblos de la costa del Perú ofrecían sangre indistintamente a los ídolos y a los sepulcros. Estos hechos no nos permiten dudar que los ritos fúnebres no hayan sido destinados primitivamente a captarse el favor del muerto. El sacrificio de sangre es uno de los resultados indirectos de la creencia en una resurrección próxima cuando se la encuentra asociado al canibalismo, ya en vigor, ya existente en tiempos pasados.

Tenemos un hecho que claramente afirma esta apreciación. Turner nos dice que entre los Samoans se remata cierta ceremonia en ocasión de un fallecimiento, «golpeándose la cabeza con dos piedras hasta que mana sangre, en cuyo acto ofrecen la sangre al muerto.»

Todas estas observaciones, por variadas que sean, suponen pues la convicción de que la muerte es una vida por largo tiempo suspendida. Los esfuerzos puestos en práctica para hacer volver el cadáver a la vida por medio de malos tratamientos, los llamamientos que se dirigen al muerto pronunciando su nombre, ora dirigiéndole reproches, ora haciéndole preguntas, los ensayos que se hacen para alimentarlos, las bebidas y alimentos que se les lleva, las medidas que se toman para evitar que no les incomode la presión, y que no se impida su respiración, el fuego que se mantiene para cocer sus alimentos y para garantizarle del frío, y las precauciones que se emplean para evitar que los animales feroces les hagan el menor daño o para impedir la descomposición de su cadáver, y asimismo los diversos tormentos que los sobrevivientes se aplican en símbolo de subordinación, todo ello concurre a la demostración de la existencia de esta creencia. Y lo cierto es que esta creencia está explícitamente confesada.

Así en África, según Bastian, los Ambabas piensan que un hombre está durante tres días en estado de muerto, pero que a algunos muertos se les lleva a los bosques el fetiche, donde permanecen muertos años y años; pero en uno

y otro caso vuelven á la vida. Lauder, hablando de un hombre muerto algunos días antes entre los negros del interior, dice que «se le hizo una manifestacion pública sosteniendo que su Dios titular lo habia resucitado.» Un jefe Zambesi creyó que Livingstone era un italiano «Siriátomba resucitado.» Volviendo á la Polinesia, encontramos entre las creencias incompatibles [de los Fijenses una tradicion que sirve de paso entre la idea primitiva de renovacion de la vida ordinaria, y la idea de otra vida de que se goza en otra parte: Allí se cree que la muerte ha venido á ser universal porque los hijos del primer hombre no lo desenterraron en conformidad al mandato que les habia dado uno de sus dioses, advirtiéndoles que si lo ejecutaban, todos los hombres volverian á la vida despues de algunos días de sepultura. En el Perú, donde tanto se cuida á los cadáveres, la resurreccion era un artículo de fé. «Los Incas, segun Garcilaso, creian en una resurreccion universal, no como premio ni castigo, sino como un regreso á la vida terrenal.»

Pasemos á indicar los testimonios que nos ofrece el pasado de las razas superiores en favor de esta creencia, por ejemplo, el hecho de que «dentro la ley musulmana se supone que los profetas, mártires y santos no han muerto, y que lo que les pertenecia continua siendo de su propiedad;» y el otro hecho de que en la Europa cristiana se ha esperado la vuelta de ciertos hombres ilustres desde Carlomagno hasta Napoleon. Señalemos, para terminar, la forma bajo la cual esta creencia existe todavía. La distancia que la separa de la forma primitiva es menor de lo que suponemos. No entiendo solo que el pasaje: «por un solo hombre vino el pecado al mundo, y por el pecado la muerte,» mediante la general creencia de que la muerte no es un acontecimiento natural, de una manera tan clara como lo hacen las creencias de los salvajes que derivan la muerte de una diversidad de opinion entre los dioses, ó del poco caso que el hombre ha hecho de sus órdenes. No me limito, pues, á una mera alusion á la afirmacion categórica de la resurreccion de los cuerpos, que se encuentra en el breviario oficial de la Iglesia anglicana, y á las detalladas descripciones de resurrecciones que se hallan en los poemas más recientes. Aspiro á dar á conocer los hechos que demuestran que hasta en la actualidad la mayoría posee esta creencia aprobada recientemente por un eclesiástico eminente. En 5 de Julio de 1874, el obispo de Lincoln predicaba contra la cremacion de los cadáveres, fundándose en que tiende á acabar con la fé de los hombres respecto á la resurreccion de los cuerpos. No solamente sostiene el Dr. Wordsworth de acuerdo con el hombre primitivo, que todos los cuerpos enterrados resucitarán, sino que va más

lejes todavía; sostiene con el hombre primitivo que la destruccion de los cuerpos impediria la resurreccion (1).

Veamos para acabar, las modificaciones en virtud de las cuales la civilizada creencia de la resurreccion difiere en parte de la salvaje. No se la abandona, no se hace más que aplazar el acontecimiento que se pronostica. El sobrenaturalismo, desacreditado poco á poco por la ciencia, transporta sus sobrenaturales acontecimientos á distancias más lejanas en tiempo y espacio. De la misma manera que los partidarios de las creaciones especiales suponen que ocurren, no en el lugar donde nosotros estamos, sino en las partes del mundo más lejanas; de la misma manera que los partidarios de los milagros que no creen que éstos se realicen hoy, admiten que tuvieron lugar bajo un régimen providencial que hoy no existe, asimismo los que ya no esperan la vuelta de los cuerpos á la vida al poco tiempo de acababa ésta, la esperan mucho ménos despues de un tiempo de duracion infinita. La idea de la muerte se diferencia cada día más de la de insensibilidad temporal. Antes se esperaba la reanimacion pocas horas despues del fallecimiento, luego algunos días despues, más tarde al cabo de unos años, y poco á poco cuanto más precisa es la idea que se tiene de la muerte, más se espera la reanimacion al fin de todas las cosas.

IDEAS DE LAS ALMAS, APARECIDOS, ESPÍRITUS, DEMONIOS, ETC.

Cuéntanos el viajante Park su repentino encuentro con dos negros que á caballo y al galope huyeron á su vista dominados por el terror, y añade, que «á cosa de una milla más lejos, hácia el Oeste, se encontraron con mi comitiva á la cual hicieron una horrorosa relacion de lo sucedido. Llevados de su espanto, dijeron que habian visto vestidos con la ropa flotante espíritus formidables: uno de los dos afirmó que en el momento de mi aparicion se sintió envuelto por una bocanada de aire frio venido del cielo, que le habia causado tanta impresion como si fuera de agua helada.»

Cito ahora este pasaje para recordar al lector la fuerza con que el miedo, unido á una creencia preestablecida de antemano, produce las ilusiones que

(1) Seguro que de encontrarse en idénticas circunstancias, hubiese obrado como el inca Atalmalpa, que se hizo cristiano para que le ahorcaran en vez de quemarlo; porque, decia á sus mujeres y á los Indios, si no se quemaba su cuerpo, su padre, el Sol, lo resucitaria.